

ya al otro lado del Adriático, en Dirraquio (Durazo). Pompeyo había dispuesto que partieran «temiendo que intentar algo en favor de la paz.» Y él mismo, que se había quedado en la ciudad con veintidós cohortes, sólo esperaba el arribo de su flota para embarcarse también. César entonces quiso envolverlo en la plaza por medio de grandes obras para cerrar el puerto; sino que antes de que se terminaran estos trabajos, arribó la flota consular y Pompeyo se puso en salvo (17 de marzo—25 de enero).

Durante estas operaciones en Italia, tres legiones galas, al mando de Fabio Máximo, habían ido a tomar posición en Narbona para impedir que los pompeyanos salieran de España, y las otras tres, que se habían acercado lentamente a los Alpes, podían acudir, según las circunstancias, bien contra los galos que se hubieran removido, bien en socorro de César en Italia ó de Fabio en la Narbonense. La línea de operaciones se extendía, pues, desde Brindis hasta el pie de los Pirineos, y César no tenía ya que temer que se le atacara por la espalda.

Al mismo tiempo, y sin ningún esfuerzo, se había apoderado Valerio de la Cerdeña, Curión de Sicilia (1), con lo cual los dos graneros de Roma estaban en sus manos. Sesenta días habían bastado para expulsar de Italia a los senatoriales, someter la península con sus islas y garantizar la seguridad de las dos Galias.

Esta prodigiosa actividad arranca a Cicerón a su pesar un grito de admiración y de asombro. «¡Ah! ¡horrible celeridad! Ese hombre es un prodigio de vigilancia.» Y su amigo Celio, que se había quedado entre los cesaristas, le escribía: «¿Qué piensas de nuestros soldados? En lo más crudo del invierno han acabado la guerra paseándose.» Al contrario, iba a prolongarse y a extenderse.

Falto de barcos, César no había podido perseguir a su rival; mas para evitar una vuelta ofensiva de Pompeyo, dispuso que ocuparan sus tropas las plazas de Brindis, Siponto y Tarento, y después volvió a Roma, adonde no había estado hacía diez años, y donde todo había vuelto a su curso habitual: «los pretores dando audiencia, los ediles preparando sus juegos y la gente del buen partido aprovechando las circunstancias para colocar sus fondos a crecido interés (2).»

Cuando el vencedor entró en Roma el 1.º de abril (7 de febrero) encontró bastantes senadores para reconstituir un senado, que opuso al que Pompeyo hacía residir y funcionar en su campo. Dos tribunos, Marco Antonio y Casio, lo convocaron al Campo de Marte, adonde César acudió. Recordó que, según la ley, había esperado diez años para solicitar el segundo consulado y que había sido legalmente autorizado para pretender, ausente, esta magistratura. Expuso luego sus esfuerzos para evitar la guerra, sus ofrecimientos reiterados de licenciar sus tropas, si Pompeyo licenciaba las suyas: rogó a los senadores que le ayudaran en el gobierno de la república, a menos que prefirieran dejarle esta carga; finalmente pidió que se designara una embajada, que fuera a tratar de la paz con los pompeyanos (3).

(1) Catón era el encargado de defender la Sicilia, y Cicerón, que tenía mucho valor tratándose de los demás, le arguye por no haberse resistido... *potuisse certe tenere illam provinciam scio (ad Att. X, 12)*. Pero Curión llegaba con sus legiones y Catón no tenía un soldado: hizo bien en no oponerle algunas milicias provinciales, que no hubieran detenido a los cesaristas, y sí traido calamidades sobre la provincia.

(2) Cic. *ad Att. IX, 12*.

(3) *De Bello civ. I, 32*. Desde el paso del Rubicón hasta la batalla de Farsalia, pueden contarse hasta cinco tentativas de negociaciones de paz por parte de César (Ibid. I, 8, 24, 26, 32; III, 10, 19, 57). Así, tiene Velleo Patéculo el derecho de decir: *Nihil relictum a Cesare quod servande pacis causa tentari posset; nihil receptum a Pompeianis*.

Esta última proposición era formal, pues César no perdía ocasión de renovarla; pero nadie quiso encargarse de esta misión: tan terribles eran las amenazas fulminadas por Pompeyo contra los que se habían mantenido en Roma. César no insistió: a la vez que daba grande impulso a la guerra, quería tener la ventaja de la moderación; por eso hablaba siempre de reconciliación y concordia, aunque sin persuadir a nadie, porque el instinto popular no se engañaba en esta ocasión: se sentía que la revolución era inevitable y que César iba a desempeñar el primer papel. Para mostrar que esta especie de reinado no olvidaba su origen, reunió al pueblo y le prometió una distribución de trigo y de dinero.

Pero el dinero le faltaba ya, y se hizo autorizar por su senado para tomar el tesoro depositado en el templo de Saturno: era el oro reservado para las necesidades extremas, y una ley prohibía tocar a él, a no ser en caso de una invasión gala. El tribuno L. Metelo se opuso a esta profanación. «Yo he vencido a la Galia, dijo César, y esa razón no existe ya. Fuera de esto, añadió con energía, el tiempo de las armas no es el de las leyes.» El tribuno, sin embargo, se plantó en la puerta para evitar que se forzara. César le amenazó de muerte. «Y has de saber, joven temerario, que me es más fácil hacerlo que decirlo.» César había tomado las armas, según había dicho, para defender, entre otras cosas, la inviolabilidad tribunicia, y a su vez él mismo la violaba. Cediendo a la violencia el tribuno, se retiró. No sabemos nada de la vida de este Metelo, sino este acto de valor, por el cual mereció que la historia conservara su nombre.

III.—CÉSAR EN ESPAÑA.—SITIO DE MARSELLA (49).

Expulsado de Italia Pompeyo, el mayor peligro que amenazaba a César en aquel momento era una sublevación en la Galia, y allá corrió, después de haber confiado el gobierno de la ciudad a Lépido, hijo del cónsul rebelado el 78 contra el senado silano, el mando de todas las tropas que quedaban en Italia a Marco Antonio y el de la Iliria a su hermano Cayo Antonio. Este debía inquietar a los pompeyanos en la orilla oriental del Adriático, ó cerrarles el camino, si intentaban penetrar por allí en Italia, como se decía. «Voy, decía César, a combatir un ejército sin general; luego combatiré a un general sin ejército.» Estas palabras explican toda la guerra. Marsella, pompeyana de corazón, lo detuvo a su paso: hubiera querido permanecer neutral, pero acababa de recibir dentro de sus muros a Domicio, a quien César tratara tan generosamente en Corfinio, sin podersele atraer. Antes de romperse las hostilidades, fué Domicio investido por el senado del mando de la Galia transalpina, y desde Marsella, podía remover toda la provincia, donde su abuelo, con sus victorias y trabajos, había establecido la influencia de su casa. César se dió buena prisa a encerrarlo en la plaza que hizo atacar por tres legiones y una flota que Décimo Bruto hubo de construir en treinta días en el Ródano, en el puerto de Arles.

Durante estas operaciones, las tres legiones de Fabio desfilaban de Narbona hacia España para apoderarse de los pasos de los Pirineos; otras tres y seis mil caballos galos y germanos se disponían a sostenerlos. Los centuriones, los tribunos y los amigos de César le habían prestado el dinero necesario, que no quería él obtener por medio de las confiscaciones.

Terencio Varrón, el polígrafo, mandaba en la Ulterior: Petreyo, antiguo soldado, en la Lusitania, y Afranio en la Citerior: los dos últimos se reunieron, y con cinco legio-

nes acantonadas al Norte del Ebro, cerca de Ilerda (Lérida) hicieron frente a Fabio, cuando hubo pasado las montañas sin que nadie le disputara el paso. A su llegada, encontró César los dos ejércitos en actitud de embestirse; los suyos en una posición difícil entre el Segre y el Cinca, no podían aprovisionarse, sino sacando sus convoyes de los países situados a derecha é izquierda de estos dos ríos. César echó en ellos puentes; pero creciendo las aguas a causa de un súbito deshielo, se los llevaron muy luego, y él mismo se vió bloqueado y falto de recursos. El modio de trigo se vendía en el campamento a 50 denarios y mal mantenido el soldado perdía sus fuerzas.

La situación, pues, venía a ser grave, porque durante estos retardos, hubiera podido Pompeyo, a ser tan hábil general como se creía, repasar el Adriático con su poderosa flota, recobrar a Italia y Roma, donde sólo habían quedado fuerzas insuficientes, libertar a Marsella y envolver a César en-



C. Antonio legado de César—Yuba I, rey de Mauritania (1)

tre las legiones de Petreyo y las que él hubiera conducido. Mas para esto hubiera necesitado el golpe de vista amplio y seguro que tenía su adversario, su resolución y actividad, cualidades que le faltaban todas a él.

Al mismo tiempo, Curión con dos legiones había pasado de Sicilia al Africa, donde Varo mandaba por Pompeyo. Durante su tribunado, queriendo adquirir el honor y sin duda el provecho también de confiscar un reino, hubo de proponer el despojo de Yuba, rey de Numidia. El príncipe había conservado naturalmente un gran resentimiento que lo hizo pompeyano; puso en movimiento todas sus fuerzas, las incorporó a las de Varo, y Curión, derrotado a orillas del Bagradas, se suicidó. Los vencedores degollaron a los legionarios hechos prisioneros y con esto quedó deshecha aquella expedición.

Por otra parte Dolabela, a quien César había encargado construirle una flota en el Adriático, fué también batido por Octavio y Escribonio Libo; finalmente C. Antonio, en la Iliria, caía en manos de los senatoriales.

Cuando se supieron en Roma estas desgracias de los tenientes y la triste situación del jefe, cuyos peligros exageraban aun las cartas de Afranio, se creyó su causa perdida. Muchos senadores, hasta entonces neutrales, se dieron prisa a pasar a Dirraquio, y es triste haber de contar entre ellos a Cicerón, que hasta ahora había permanecido en Italia. Pocos meses antes, esta decisión hubiera parecido abnegación por la causa republicana; ahora pudiera dársele un nombre más severo. Hay que decir, sin embargo, en su defensa que el orador latino se había lisonjeado con la idea de hacer el papel de mediador entre los dos rivales; pero después de la visita que César le había hecho a su vuelta de Brindis, había comprendido que sólo se quería su nombre al pie de los decretos que se iban a librar, y este desconocimiento de su importancia política, esta especie de menosprecio le había llegado a lo vivo. Desde entonces, a pesar de las cartas de César y de los consejos de Atico, que también quedó en Roma, pensaba en huir furtivamen-

(1) Yuba I. De una moneda de oro de este príncipe (Visconti, *Iconog. griega*, t. III, p. 55).

te al campo de Pompeyo, diciendo al mismo tiempo: «¡Ah! veo cuál será el mejor partido.» Quería hablar de una neutralidad que hubiera salvado su vida y su hacienda.

No condenemos su flaqueza, sino su exceso de previsión, porque si amaba con sincero amor aquella república que en méritos de su elocuencia lo había levantado a los honores, sabía también que, cualquiera que fuese el vencedor, quedaría él en el campo de batalla. De aquí los desaliectos, las incertidumbres, la aparente versatilidad que se veía en él y que debe condenarse, sin embargo, porque este ejemplo en un gran hombre pudo acaso legitimar la indiferencia y la cobardía ó prestar sofismas a la traición.

Al fin olvidó su prudencia y la burla que había hecho de la ley de Solón contra los ciudadanos neutrales entre las facciones; por desgracia, cometió este olvido en un momento en que pasándose a Pompeyo, iba a él, no porque el partido senatorial fuera el más justo, sino por ser el más fuerte. Era la regla de conducta que Celio venía aconsejando hacía mucho tiempo. «Mientras la cuestión se reduce a palabras, le había escrito, estaré con los hombres de bien; pero si se viene a las manos, me pondré de parte de quien dé golpes más recios.» Pero éste se había ido con César, y el otro fué, como Anfiarao, a arrojarle vivo a la sima.

Sin embargo, los acontecimientos habían tomado en España un giro inesperado. Con maderas de poco peso, mimbres y cuero había hecho César construir unos barcos que se podían llevar a todas partes, y los llevó a orillas del Segre lejos de los exploradores enemigos; allí se fortificó rápidamente en la otra orilla y pudo entonces construir tran-



Marsella personificada (2)

quilamente un puente, por donde llegaron sus convoyes. Después, imponiendo a sus soldados trabajos gigantescos,

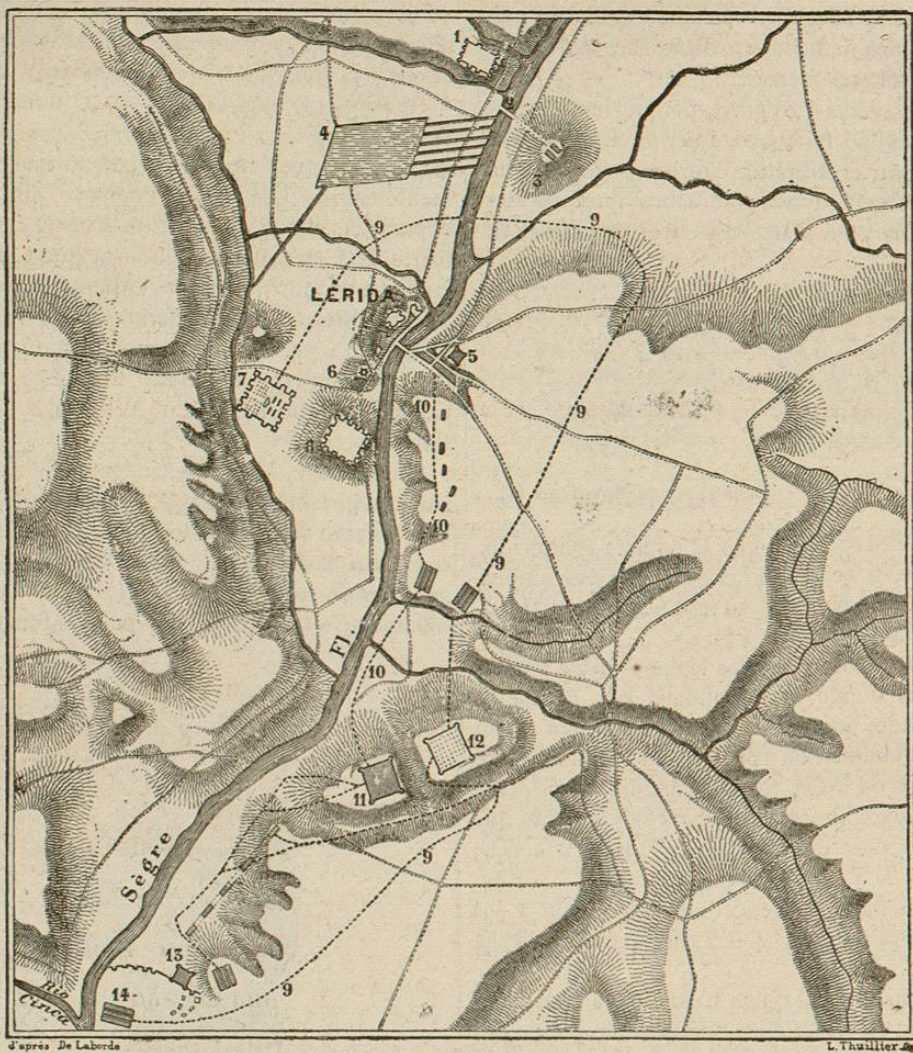
(2) El estilo de esta bella cabeza de mármol, encontrada en territorio de los volcos arecómicos y conservada en Nimes, parece fijar su trabajo en la época en que Pompeyo dió a los masalios el país de los arecómicos, dominación efímera a que César puso fin (*Gaz. arch.* 1875, p. 129).

sangró el río con diferentes canales para disminuir su profundidad y crear vados que le permitieran la libertad de sus movimientos. Algunas escaramuzas afortunadas decidieron la defección de muchas poblaciones, y los generales pompeyanos se vieron obligados a abandonar su posición de Ilerda, donde César con su numerosa caballería gala hubiera acabado por encerrarlos.

Pero batirse en retirada ante un general tan activo era

una empresa difícil; sin embargo, tuvieron que intentarlo. Ninguno de sus movimientos, así de noche como de día, se escapó a su vigilancia; adivinó todos sus planes, se les anticipó en todas las posiciones que quisieron ocupar, los envolvió y vió en fin a los soldados de los dos generales levantar los escudos por encima de sus cabezas, señal equivalente entre los nuestros a rendir las armas. (9 junio 49).

César les concedió la vida diciéndoles: «Si vais á reuni-



Plano de los alrededores de Lérida (1)

ros con los pompeyanos, decídes cómo trato yo á los prisioneros.» Esta campaña en que «por el ascendiente de sus maniobras» redujo César sin combate á un ejército igual al suyo, causó la admiración del gran Condé y de Napoleón. Fuera imprudente lentitud, fuera calculado retardo,

(1) Petreyo y Afranio ocupaban en el n.º 8 una buena posición que ha servido en las guerras modernas para cubrir la entrada de Aragón. Desde allí eran dueños de las dos orillas del Segre, teniendo Lérida un puente de piedra que les permitía pasar á su voluntad á la margen derecha. El teniente de César, Fabio, se había establecido á legua y media del enemigo entre los dos ríos, Segre y Noguera Ribagorzana, y tendió sobre el primero dos puentes á distancia de 4,000 pasos uno de otro. Cuando envió sus tropas á forrajear á la orilla izquierda del Segre los atacaron los pompeyanos, y Planco que los mandaba se retiró á la colina n.º 3, donde pudo defenderse hasta que su jefe lo libertara. A su llegada, César, para estrechar más de cerca al enemigo, estableció su campamento en el n.º 7, y después procuró tomar una colina situada entre el campamento enemigo y la ciudad, en el n.º 6, y no lo consiguió. Cuando la crecida del Segre se hubo llevado sus dos puentes é interrumpió sus comunicaciones con el alto país, por donde le llegaban los convoyes, sangró el río haciendo correr buena parte de sus aguas á una depresión natural del terreno, n.º 4, desde donde un nuevo

Varrón no acudió á tiempo en socorro de sus dos colegas. Toda resistencia le era ya imposible. En Córdoba apareció ante el vencedor, que se apoderó de su caja militar recargada por numerosas exacciones (2).

Conquistada en cuarenta días esta provincia, toda ella

foso las condujo á un riachuelo que desaguaba en el Segre por debajo de Lérida. Este trabajo le permitió recibir víveres y pasar á la orilla izquierda, donde á su vez estorbó todos los movimientos de los pompeyanos para abastecerse. Afranio pasó entonces el río para escaparse bajando la orilla derecha. Desde luego dejó dos de sus legiones acampadas en el n.º 5 y con el resto de sus fuerzas, ganó las posiciones 11 y 12 siguiendo la línea n.º 10. César, por su parte, operó el mismo movimiento por la línea n.º 9 y vino á apoyar su izquierda en el Segre en la confluencia del Cinca, y su derecha en las montañas, posición número 14. Los pompeyanos establecidos en el n.º 13 se encontraron pues cercados (Laborde, según las *Memorias militares* del coronel Guischart).

(2) César, *de Bell. civ.* I, 37-87. Después de esta clemencia, hay que notar que, habiendo cogido Afranio los soldados de César que á favor de una tregua fueron á su campo, los hizo pasar á cuchillo (Ibid. 76; y Apiano, *Bell. civ.* II, 43).

pompeyana, partió César para Marsella, adonde su adversario que disponía de una flota inmensa no había podido enviar más que el insignificante socorro de diez y seis galeras, conducidas por Nasidio. Encerrados en sus muros á consecuencia de dos derrotas por mar, que les había hecho sufrir Décimo Bruto, el hábil jefe que tan bien condujera la guerra contra los venetos, los masaliotas estaban reducidos á los últimos extremos. A la llegada del procónsul, se decidieron á tratar y entregaron las armas, los navíos y el tesoro público. Aquí también se honró César con su clemencia; ni tuvo siquiera que ejercerla con Domicio, el cual huyó antes que la plaza abriera sus puertas.

César, como Alejandro, se cuidaba mucho de lo que se pensaba de él: en cuánto á las ciudades bárbaras, no tenía escrúpulos. ¿Quién hablaba de su ruina? Pero Marsella era célebre; era la Atenas de la Galia, y fué generoso con ella, dejándole su libertad, sus leyes y sus murallas. Sin embargo, tomó sus armas, sus barcos y su tesoro; le quitó muchas ciudades que le estaban sujetas, entre otras, Agde y Antibes, de que hizo dos colonias romanas, y fundó á la embocadura del Argens (1) la ciudad de Frejus, destinada en su pensamiento á hacer á los masaliotas, en la costa del Este, la misma concurrencia que les hacía Narbona en la costa del Oeste. Algunos años después, en tiempo de Augusto, Frejus será uno de los arsenales del imperio, y Estrabón llamará á Narbona el puerto de toda la Galia. En esta última ciudad, en Beziers y en Arles estableció á los soldados de su ejército que habían extinguido el tiempo de su servicio.

Las últimas operaciones garantizaban la sumisión de todas las provincias occidentales del imperio, de las que suministraban los más bravos soldados (2). Seguro ahora César de no ser atacado por la espalda, podía ir á buscar al caudillo, cuyo mejor ejército acababa de destruir.

Todavía estaba César bajo los muros de Marsella, cuando supo que á propuesta de Lépido lo había proclamado dictador el pueblo romano. Ciertamente se habían omitido muchas de las formalidades prescritas: un pretor y el pueblo en vez de un cónsul y el senado, lo habían investido de esta magistratura suprema; pero en medio del ruido de las armas parece que bastan las meras apariencias legales. Cuando iba á tomar posesión de su nuevo cargo, hubo de encontrar en Plasencia á su 9.ª legión agitada por un movimiento sedicioso, en razón de no haber recibido aún los donativos prometidos en Brindis. El ejemplo era peligroso y César lo borró con ejemplar castigo: doce de los más culpables fueron condenados á perecer bajo la segur; pero habiendo probado uno de los doce que estuvo fuera del campamento durante el tumulto, fué ejecutado en su lugar el centurión que lo había denunciado.

César no conservó la dictadura más que once días, el tiempo preciso para tomar algunas disposiciones necesarias para asegurar la tranquilidad de Roma y de Italia. Desde el principio de la guerra, la penuria era general, y nulo el crédito: todo el numerario parecía retirado de la circula-

(1) Río cuyos grandes aluviones hubieron de cegar la laguna navegable que separaba la ciudad del mar. Sobre las construcciones romanas de Frejus, que tuvo muy pronto los monumentos que parecieron necesarios para una colonia, como termas, teatro, anfiteatro, y sobre todo grandes establecimientos militares, un acueducto de sesenta kilogramos, etc., véase el interesante estudio de M. Lenthalic, *Frejus, el puerto romano y la laguna del Argens*.

(2) Se ha hablado de la sublevación de los volkos arecómicos (Nimes) y de los alóbroges (Delfinado y Saboya) que con pretexto de fidelidad al senado romano, aprovecharon la ocasión de la guerra civil para sacar otra vez la espada contra sus vencedores. Se dice que César los castigó severamente y que Nimes conservó mucho tiempo en una de sus plazas una inscripción que recordaba su castigo. Esta inscripción es falsa y debe olvidarse el hecho á que la refirieron.

ción, y se temía la abolición de todas las deudas, lo que hubiera traído una horrible perturbación (3). César recurrió á un feliz expediente antiguamente empleado: nombró árbitros para hacer la apreciación de los muebles é inmuebles, según el precio que tenían antes de la guerra, y ordenó que los acreedores tomaran en pago el total ó parte de estos bienes, después de deducir de los créditos los intereses ya pagados. Para activar la circulación del numerario, prohibió que nadie conservara en sus arcas más de 60,000 sestercios de moneda acuñada, medida de difícil aplicación, sobre todo cuando añadía por respeto al antiguo derecho, que el esclavo no sería autorizado para deponer contra su amo (4).

Sin embargo, se colocaron algunos fondos en bienes te-



La puerta de Oro en Frejus

ritoriales, se levantó el precio de las tierras, y el comercio encontró capitales. El pueblo había esperado más; pero César lo calmó con una amplia distribución de trigo. Todos los que, con razón ó sin ella, habían tenido que sufrir por causa del antiguo gobierno, obtenían naturalmente su protección. Desde que se rompieron las hostilidades, muchos desterrados, á quienes Pompeyo había hecho condenar, durante su tercer consulado, volvieron á Roma á ofrecer á César sus servicios, y el dictador hizo que los pretores y tribunos presentaran al pueblo una ley levantándoles el destierro. Milón, el asesino de un tribuno, y Antonio, el vencedor involuntario de Catilina, fueron, sin embargo, exceptuados de la amnistía.

La ley de Sila que tachaba de incapacidad política á los hijos de los proscritos estaba en vigor todavía, y fué revocada. Finalmente, recompensó á los calpínos por su prolongada fidelidad con la concesión del derecho de ciudadanía (5).

(3) Suetonio, *Jul. César*, 42; Dion, XLI, 37. Las cartas del seudo Salustio dicen que no perdonando las deudas, engañó César las esperanzas de muchos, que huyeron al campo de Pompeyo, donde encontraron un asilo inviolable, *quasi sacro atque insoliato fano* (Epist. II, 2). Cicerón repite muchas veces esto mismo.

(4) Es posible que se hiciera esta ley antes de su partida para España.

(5) Organizó την πολιτείαν, ἅτε καὶ ἄρχας αὐτῶν (Dion, XLI, 36). La Calpina era tan romana que había ya dado á luz á Cátulo, á Bi-

Antes de dimitir la dictadura presidió los comicios consulares, que lo nombraron cónsul con Servilio Isáurico. Los demás cargos se repartieron entre sus partidarios con todas las formas legales. Ni él mismo tomó las fasces hasta la época fijada por la ley que se las había prometido, es decir, después de los diez años de su mando (1).

Así, la república continuaba en provecho de César, sin que le faltara nada de un gobierno regular: decretos del senado, elecciones del pueblo, sanción de las curias y de los auspicios. Procónsul, venía á ser César un rebelde desde que salía de su provincia; cónsul legalmente instituido, él era quien á los ojos de aquel pueblo formalista, representaba el derecho, mientras la rebelión sus adversarios. Estos reconocían, que perdiendo á Roma habían perdido la legalidad, ó á lo menos el poder de hacerla; porque bien que hubiera doscientos senadores en el campo de Pompeyo y que se llamara á sus soldados el verdadero pueblo romano, no se atrevían á dar decretos ni á proceder á las elecciones. Cumplido el año, los cónsules Léntulo y Marcelo dejaron su título y tomaron, según el uso, el de procónsules.

IV. — GUERRA EN EPIRO Y EN TESALIA. — BATALLA DE FARSALIA (49-48).

A fines de octubre del 49 llegó César á Brindis, punto de reunión de sus tropas, para pasar de allí al Epiro. «Pompeyo había tenido un año entero para hacer sus preparativos, y había reunido una flota considerable suministrada por el Asia, las Cícladas, Corcira, Atenas, el Ponto, Bitinia, Siria, Cilicia, Fenicia y Egipto. En todas partes se habían construido barcos y tomado gruesas cantidades de los príncipes, tetrarcas y pueblos libres, como también de las compañías arrendatarias de los impuestos en las provincias cuyo dueño era.

«Tenía nueve legiones de ciudadanos romanos, incluidas las cinco que habían salido con él de Italia; otra de veteranos de Sicilia que llamaba *el Gemela*, por haberse formado de dos; otra de Creta y de Macedonia, compuesta de veteranos, que licenciados por los generales precedentes, se habían establecido en aquellas provincias, y dos que Léntulo había reclutado en Asia. Numerosas levas le habían llegado de Tesalia, de Beocia, de la Acaya, del Epiro y había incorporado á estas tropas los restos del ejército de C. Antonio (2). Aun esperaba dos legiones más que Escipión le traía de Siria; tenía tres mil arqueros de Creta, de Esparta, del Ponto y de Siria; dos cohortes de honderos de seiscientos hombres cada una; siete mil caballos, incluso los seiscientos galatas al mando de Deyotaro, los quinientos de la Capadocia mandados por Ariobarzanes, otros tantos de la Tracia por el hijo de Cotis; doscientos habían venido de las orillas de la Propóntide á las órdenes de Rascipolis, hombre de gran bravura. Sobre esto, Pompeyo hijo había conducido en la flota quinientos jinetes galos y germanos, que Gabinio había dejado en Alejandría para la guardia de Tolomeo, y ochocientos más sacados de entre sus esclavos y pastores. Los tetrarcas de la Galacia habían suministrado trescientos; el sirio Antíoco de Comágenes, doscientos; y la mayoría de ellos eran arqueros de á caba-

lículo, á Casio de Parma, á Cornelio Galo y á Tito Livio. Sin embargo continuó considerada como una provincia hasta el año 42.

(1) 1.º enero 48, según el calendario romano; en realidad á fines de octubre del 49.

(2) Todavía recibió Pompeyo algunos hombres de Atenas, y separó sus contingentes griegos de los auxiliares de Oriente, porque, según Apiano, estaban más habituados á conservar sus puestos en silencio.

llo. Tenía además frigios y besos, en parte á soldada, y en parte voluntarios; y macedonios y tesalios y de otros países.

«Había sacado gran cantidad de víveres de la Tesalia, del Asia, de Egipto, de Creta, del país de Cirene y de otras comarcas. Su designio era pasar el invierno en Dirraquio, en Apolonia y en las demás ciudades marítimas, á fin de cerrar la entrada de la Grecia; y con este mismo objeto había dispuesto su flota, que no contaba menos de seiscientos navíos, á lo largo de la costa» (3).

La inmensidad de estos recursos explica por qué había abandonado Pompeyo tan fácilmente la Italia á su rival.

César no podía citar entre sus auxiliares tantos pueblos ni príncipes; sin embargo, aparte la legión de la Alondra y los refuerzos suministrados por las ciudades galas y españolas, por los cisalpinos y los pueblos de Italia, había reclutado jinetes germanos, cuyo valor tenía experimentado, y sin duda el ejemplo de aquel rey del Nórico, que le envió tropas desde el principio de la guerra, fué seguido por otros jefes de las orillas del Rin y del Danubio.

El Oriente y el Occidente iban pues á venir á las manos y á combatir, no ya por un senado y una libertad, que no se conocían ya, sino por César ó Pompeyo, queriendo cada una de estas dos grandes porciones del imperio á uno de ellos por amo, después de haberlos tenido alternativamente á los dos por conquistadores y bienhechores.

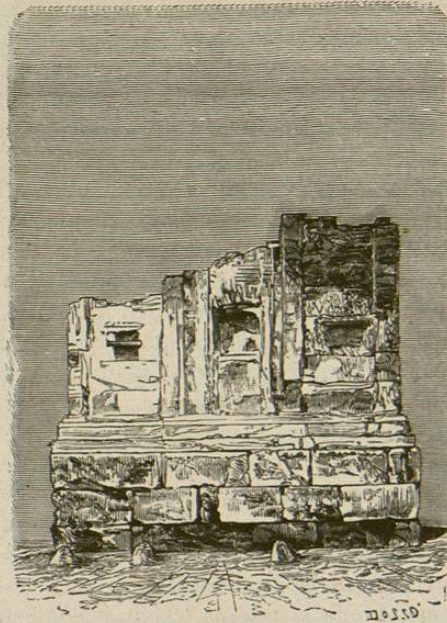
Sin embargo, las fuerzas no parecían iguales. César no tenía flota, ni dinero, ni almacenes y sus tropas eran menos numerosas; pero hacía diez años que dormían bajo la tienda de campaña, su abnegación en favor suyo no tenía límites, ni era menor su confianza en la fortuna del caudillo. Ningún trabajo ni fatiga podían ya espantarlos, y sobre todo, tenían lo que dobla el número, el hábito de vencer. Si el ejército de Pompeyo era más numeroso, en cambio, había menos disciplina en los soldados y menos obediencia en los jefes. A ver en el campamento aquellos extraños trajes, á oír aquellas voces de mando dadas en veinte lenguas distintas, se hubieran tomado las legiones pompeyanas por uno de aquellos ejércitos asiáticos á quienes fué fatal siempre el suelo de Europa. Y en el pretorio otro espectáculo, no menos inconveniente y extraño: tantos magistrados y senadores embarazaban al caudillo, por más que se le hubieran dado facultades para resolver exclusivamente sobre todo. Pues que se combatía por la república, se decía, era preciso que el generalísimo mostrara á los Padres Conscriptos, constituidos en consejo en Tesalónica, una deferencia que sería de buen augurio y mejor ejemplo; pero ¿podía conciliarse esta deferencia con las necesidades de la guerra?

Los antiguos rehuían navegar en el invierno. Así, bien que la travesía de Brindis á Dirraquio fuera sólo de veinticuatro horas, Pompeyo no esperaba el ataque hasta la primavera, y tenía en cuarteles de invierno á sus tropas en Tesalia y en Macedonia. «Creía que su rival no tendría la temeridad de embarcarse en la estación rigurosa.» Y

(3) César, *de Bello civ.* III, 3, 5, y Apiano, *Bell. civ.* II, 49. Las fuerzas pompeyanas podían muy bien elevarse á ochenta mil hombres; pero no hay que juzgar la fuerza del sentimiento republicano por el crecido número de las tropas de Pompeyo. Estas tropas habían sido reclutadas antes de romperse las hostilidades, en virtud de órdenes legítimas, según los antiguos usos, con la solemnidad del juramento, que sujetaba á los soldados á la más severa penalidad, si lo violaban. En cuanto á los auxiliares, todos aquellos pueblos y príncipes del Oriente, clientes de Pompeyo, estaban ligados á su fortuna y no habían podido negarle su asistencia. Luego los familiares y protegidos de los grandes, arrastrados por estos, y en fin los aventureros, que esperaban hacer una campaña lucrativa.

este mismo rigor de la estación fué precisamente lo que decidió á César. Con su flota de transporte no podía pasar sino por sorpresa, y esta sorpresa no era posible más que en invierno, cuando las escuadras pompeyanas se habían puesto al abrigo encerrándose en los puertos; en la primavera, sus numerosos cruceros hubieran cortado el rumbo.

A pesar de su inferioridad numérica, todavía tomaba César la ofensiva. El 4 de enero 48 (15 nov. 49) embarcó



Sepulcro de Bibulo. (Estado actual)

en naves de transporte siete legiones, que sólo constaban de quince mil hombres y quinientos caballos. Si hubiera encontrado la armada de Pompeyo, allí se habría acabado la guerra, pues todo estaba perdido para él; pero como había juzgado, las galeras pompeyanas, sin soldados ni marineros, se balanceaban tranquilamente sobre sus áncoras en las radas de Orico y de Corcira. Su audacia era también un cálculo. Las siete legiones pasaron sin encontrar un barco enemigo y desembarcaron al pie de los montes Acroceraunios en la ensenada de *Paleassa* (Paljasa). «Súpose que había llegado antes de saber que había partido.» El almirante de Pompeyo era el malhadado consular que la fortuna oponía siempre á César, y cuya suerte fué siempre ser engañado por él. Bibulo, que tan á destiempo acudía, se vengó en los barcos que César despedía ya vacíos para tomar en Brindis el resto de sus tropas al mando de Antonio. Apresó treinta, que tuvo la crueldad de quemar con pilotos y marineros. Después para expiar su negligencia, no quiso ya saltar en tierra y á bordo de la almiranta se dió tales fatigas para vigilar la costa y la mar que hubo de morir de ello.

La primera ciudad que César encontró fué Orico. El oficial pompeyano que en ella mandaba, quería defenderla; pero los habitantes declararon que no podían combatir á un cónsul del pueblo romano y le abrieron sus puertas; en Apolonia, á la embocadura del Aous (*Voiussa*), se tomó la misma resolución. Pero César daba más importancia á la posesión de Dirraquio (1), á causa de su puerto, el me-

(1) Dirraquio se elevaba en la punta de una cadena de colinas abruptas paralela á la mar, y unas grandes lagunas la separaban del continente. Al Norte, una faja de arena unía estas escarpas al cabo Pali; al Sur estas lagunas se comunicaban con el mar por un estrecho canal; de modo que para llegar por tierra á Dirraquio no había más que dos

por de aquella costa, y de su fuerte posición; y sabiendo que Pompeyo lo había precedido para establecer allí sus almacenes, se detuvo á orillas del Apsos (Beratino) para cubrir las plazas que se le habían entregado y los cantones del Epiro de donde sacaba sus provisiones.

Esta vez también propuso la paz, menos con la esperanza de que se hiciera que con el deseo de conciliarse la opinión pública. De cualquier modo, dirigió á Pompeyo la carta siguiente:

«Has perdido la Italia, la Sicilia, las dos Españas y ciento treinta cohortes de ciudadanos romanos; yo tengo que deplorar la pérdida de Curión y mi ejército de Africa. Ambos sabemos que la fortuna de la guerra tiene diversas vicisitudes, y puesto que aun somos iguales en fuerzas, sometamos nuestra diferencia al senado y al pueblo, y mientras tanto licenciemos simultáneamente nuestras tropas.»

César no arriesgaba nada en hacer estas proposiciones. Como dictador, había completado el senado de modo que no tuviera nada que temer de los senadores pompeyanos; y cónsul en ejercicio, era dueño de la situación por todo el año 48. Fuera de esto, Pompeyo no puso tampoco á prueba su desinterés: se negó á aceptar las condiciones de César, y César refiere palabras suyas, que no pueden haber sido su contestación oficial, pero que expresan ciertamente su pensamiento secreto. «¿Qué se diría de mí, si se me viera volver sin un soldado á Italia, de que salí á la cabeza de un poderoso ejército? ¿Y qué tendría que hacer de una patria, y aun de la vida, que debiera á César (2)?»

Un día Vatinió por César, y Labieno por Pompeyo, discutían en alta voz, entre los dos ejércitos, las condiciones de un acomodamiento. Los soldados escuchaban; y podían tomar en serio las grandes palabras de guerra impía, lágrimas de la patria, etc.: de repente partió de las filas pompeyanas, al decir de César, una granizada de dardos, y Labieno cortó la conferencia exclamando: «¡La paz! no la obtendréis hasta que nos traigáis la cabeza de César.» Ciertamente es que los pompeyanos, si César no los calumniaba, sólo pensaban en asesinatos: habiendo caído en sus manos un navío procedente de Brindis, fueron pasados á cuchillo todos los que lo montaban; y las palabras de Cicerón, citadas en otro lugar, dan crédito á estas referencias.

Entre tanto, premiosos mensajes ordenaban á Marco Antonio pasar el estrecho aprovechando el primer viento favorable; pero los días pasaban y Antonio no llegaba. Refiérese que César, poco acostumbrado á estas lentitudes, quiso ir él mismo á buscar sus legiones, y que una noche salió solo de su campamento, subió en un barco del río y ordenó al piloto hacer rumbo á altamar. Un viento contrario que sopló muy luego encrespaba las olas y espantado el piloto de aquella tempestad, rehusaba seguir: «No temas, hubo de decirle el desconocido pasajero; llevas á César y su fortuna.» Todos esos fundadores de imperios creen ó fingen creer en una fatalidad que los protege hasta que han consumado la obra para que fueron llamados. Fué, sin embargo, preciso, si es verdadera la anécdota, á pesar del silencio de los *Comentarios*, volver á tierra; pero otra vez hubo de servirle la tempestad. Desde la muerte de Bibulo, carecía de jefe la armada pompeyana: por una desdichada

entradas estrechas y fáciles de defender. César estableció su campamento en la meseta de *Arapai*, y Pompeyo el suyo más al Sur (Heuzey, *Mis. arq. Maced.* 370).

(2) César dice (*de Bello civ.* III, 18) haber sido informado, después de la guerra, de estas palabras que se le escaparían sin duda á Pompeyo en el seno de la amistad y alguno de sus familiares referirla luego al vencedor.